



La Resurrección: incluso cuando el mundo parece estar sumido en una espiral fuera de control...

Cuando observamos los acontecimientos que se desarrollan a nuestro alrededor —la guerra en Oriente Medio, la guerra en Ucrania, los conflictos armados en casi todos los continentes, las convulsiones económicas, la crisis energética, la escalada de los precios y, por no hablar de la crisis climática con todas sus consecuencias negativas—, ¿cómo es posible que celebremos la Resurrección? ¿Qué nos da esperanza ante todo esto?

Así que decidí no centrarme esta vez en la historia tradicional de la resurrección de Jesús, que es, por supuesto, el eje central de las celebraciones de Pascua, sino más bien profundizar un poco más en la Biblia en busca de una situación comparable.

Al hacerlo, me topé con la historia de Ezequías, a quien encontramos en el Antiguo Testamento, en el Segundo Libro de los Reyes y en el Primer Libro de las Crónicas. Ezequías fue rey del pequeño estado de Judá alrededor del año 700 a. C. El panorama que se presenta es similar al de hoy, pues todo a su alrededor indica que el mundo se ha sumido en el caos. Las convulsiones hacen que lo que tuvieron que enfrentar sus predecesores en el trono de Jerusalén parezca un juego de niños. Judá y los demás estados de la región ven cómo una apisonadora se abalanza sobre ellos, amenazando con arrasar todo lo que había perdurado durante siglos.

¿Qué sucedió? Los asirios establecieron un imperio en Mesopotamia (el actual Irak). Allí, su crueldad (lo que hoy reconocemos como la primera forma de propaganda terrorista) sembró el terror en los corazones de toda la región. Lanzaron una ofensiva hacia el suroeste. El ejército del Gran Rey asirio no solo obligó a los vecinos sometidos a pagar tributos, sino que también deportó a una gran parte de la población de los estados derrotados y estableció a extranjeros en su lugar. Este destino ya había caído sobre el estado de Israel, que limita con Judá al norte (véase 2 Reyes, capítulo 17). La caída de Samaria en el año 722 a. C. provocó que miles de israelitas huyeran del Reino del Norte hacia Judá.



Judá, situada en la región montañosa que rodea Jerusalén, es considerablemente más pequeña que Israel. Pero, ¿cómo podría Ezequías detener esta embestida? Él espera que Egipto, el poderoso vecino del sur, se enfrente al agresor. Sin embargo, el pueblo de Judá sabe que su rey, Ezequías, aunque se ve obligado a maniobrar entre las grandes potencias, siempre pone su confianza en Yahvé. Se aferra al Dios de los israelitas, quien trajo gloria a sus antepasados David y Salomón y estabilidad a la tierra. Y lo hace con una consistencia inquebrantable: Ezequías ha llevado a cabo una reforma religiosa en la que se abolieron los lugares altos y se destruyeron los masebot (monumentos de piedra) y los aserot (postes de culto). Incluso la «serpiente de bronce» Nehushtan ([Núm 21:4-9](#)), que se remonta a Moisés, fue hecha pedazos. Así, se crea un espacio dedicado exclusivamente al culto a Yahvé en el santuario central de Jerusalén, y sus mandamientos sirven como principio rector de la política.

Los refugiados del país vecino están aumentando la población de Jerusalén. Pero la época dorada de la ciudad ha llegado a su fin. Tras una década en el trono, Ezequías se atreve a rechazar las audaces exigencias de los asirios. Al hacerlo, provoca una campaña punitiva. El rey asirio Senaquerib

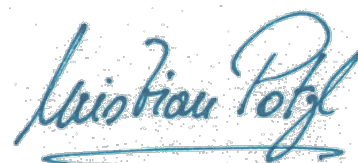
envía tropas; estas conquistan y saquean las ciudades fortificadas de Judá. Y entonces el cerco se estrecha. Ezequías entrega todas sus reservas de oro y plata, incluso los ornamentos del templo recién renovado. Sin embargo, esto no impide que los asirios demuestren su poder. Senaquerib desafía a Ezequías, afirmando que ni siquiera podría reunir 2,000 jinetes aunque le dieran tantos caballos. «Confiar en tu dios Yahvé no le traerá éxito a Ezequías», se burla un alto funcionario en el idioma local frente a las murallas de Jerusalén, exigiendo la rendición de la ciudad.

¿Qué se puede hacer entonces? Cuando Ezequías se entera de los insultos y el desprecio que se le han mostrado, se rasga las vestiduras, se pone un atuendo de luto (un cilicio) y reza a Dios. El profeta Isaías, al ser consultado por él, lo anima a no temer y a confiar en Yahvé incluso en esta situación aparentemente desesperada. «Así dice Yahvé acerca del rey de Asiria: No entrará en esta ciudad... Yo protegeré esta ciudad y la salvaré» (2 Reyes 19:32–34). Y esto es, en efecto, lo que ocurre: la noche siguiente —la Biblia atribuye esto a la obra del ángel de Yahvé— mueren 185 000 hombres en el campamento asirio. Este relato bíblico está vinculado al informe de Heródoto, que atribuía la muerte de los soldados a una plaga de ratones. Algunos autores y estudiosos modernos ven esto como un indicio de una plaga (la Peste Negra).

En cualquier caso, el rey Senaquerib se ve obligado a abandonar el asedio y pone fin a su campaña.

Ezequías, sin embargo, destaca como estadista por su integridad. Desde el inicio de su reinado, se ha mantenido fiel a Dios y, con su ejemplo personal, ha guiado a su pueblo a confiar en Él. No obstante, se encuentra en una situación difícil. En medio de la angustia, se aferra a su confianza y no vacila. No es momento de rendirse, sino de tener fe y esperanza. En la peor de las crisis, Dios está detrás de Ezequías y le muestra: Vale la pena confiar. – Esto también es cierto hoy en día, para situaciones precarias de todo tipo.

Al igual que tantas otras, esta historia del Antiguo Testamento nos muestra que podemos confiar en Dios, pase lo que pase. Él nos da esperanza y nos infunde confianza; sin embargo, no debemos dar por sentado que esto sucederá tal y como, por nuestra miopía —porque no podemos evitarlo—, esperamos y soñamos que suceda. Debemos rendirnos a Su providencia, que tal vez no sea inmediatamente reconocible como tal. Una cosa es segura: solo a través de Él la resurrección es posible y alcanzable para nosotros.



Presidente de la ICDS

